

PLAN GENERAL DE FORMACIÓN (PGF) 2023

Catequesis

5



5 Elementos Pedagógicos de la Formación Pasionista

P. Elie Muakasa, CP

La formación es a menudo una tarea muy difícil para muchos, si no para todos. Si no lo es, es porque no sabes todo lo que implica o no deseas saberlo. No es fácil planificar, dada la complejidad de la tarea. Como digo a menudo, predecir lo que va a pasar durante la formación es como el clima, todo está determinado, pero nada es predecible.

Mi presentación resume los elementos y sus imbricaciones, que ilustran la complejidad de la formación religiosa. Cuando uno puede representar un concepto, se puede empezar a entender y así darse la posibilidad de actuar, por consiguiente, de ser más competente.

En el corazón de la presentación está la «Formación religiosa» que constituye la causa misma de la planificación. Alrededor de la formación se sitúan los elementos básicos de una situación pedagógica: “el agente”, “el sujeto”, “el objeto” y “el medio”.

El agente, que puede asociarse con el profesor, el enseñante o el formador, actúa como autor de la planificación. El sujeto, que puede asociarse con el alumno, el aprendiz, el formando o el estudiante, actúa como actor de la planificación. El objeto, que puede asociarse a la teoría, la práctica, el saber, la habilidad, el saber-hacer, el saber-ser, la información, el conocimiento, etc., es la razón misma de la existencia de la planificación. Por último, el medio, que se puede asociar con la clase, el taller, el laboratorio, la empresa con un presupuesto, establece el contexto en el que se desarrollará la formación.

El agente o formador

Los formadores son siempre los primeros en ser interpelados cuando hay deserciones de religiosos. Las causas y razones relacionadas con la debilidad humana, la confusión cultural y moral, los errores personales, se añaden muy a menudo las acusaciones dirigidas a los formadores de incompetencia, falta de discernimiento o haber impartido una formación inconsistente.

Las figuras y los roles de los formadores como los de los superiores en diversos niveles, personalmente o con sus consejos, procesan, programan y deciden el argumento sobre los objetivos de la comunidad en particular y del Instituto en general. La naturaleza de la comunidad determina el contenido de la formación. En cuanto al problema espinoso del método, se puede recurrir a la ayuda de expertos internos o externos. En efecto, el contenido puede ser claro, pero sin un método adecuado, la formación puede marchitarse. Si cada miembro de la comunidad debe contribuir a la formación de los demás por la coherencia de vida a los objetivos de la comunidad, el formador debe tener además un método de trabajo (una didáctica formativa).

De manera específica, se considera formadores a los superiores de las comunidades formativas, a los equipos de formación que tienen la carga y la responsabilidad a tiempo completo de programar y actualizar la formación en diferentes etapas y situaciones, uniéndose incluso al papel de dirección



general de la comunidad local (rector, director, superior, prior...), o también con exclusivo papel formativo (maestros de formación y sus colaboradores directos).

Alrededor de las figuras centrales, en la tradición, han surgido otros colaboradores encargados de la dirección espiritual y de la confesión, de la asistencia directa en el acompañamiento pastoral y material y otras competencias específicas útiles en el plan completo de formación.

En este sentido, la figura del formador se abre al mundo más amplio de los que participan en la formación, pero el formador permanente debería ser el superior de la comunidad, de los religiosos de cada estado y fase de desarrollo. Es él quien tiene la res-

ponsabilidad de coordinar las acciones de todos.

Esta necesaria pluralidad de formadores locales dotados de roles y funciones de formación directa y sustancial cambia la figura y la acción del formador-superior único y maestro, y hace emerger y afirmar casi habitualmente la figura y la función del equipo de formación o de los diversos formadores, convergentes, complementarios, bajo la coordinación de un formador central.

De tal manera que la figura tradicional del formador-educador-superior sufre profundas variaciones. Tales variaciones abren la participación de la comunidad de formación o formativa y de los mismos formandos en el trabajo de la formación. Todos ellos es-

tán implicados en un diálogo original con los formadores, con los Institutos que los acogen, para ser verdaderos protagonistas (centrales) de su propia formación religiosa. Expresan en un libre consentimiento la respuesta personal a la llamada de Dios. Se comprometen en una inserción progresiva y libre de autoformación en la comunidad religiosa.

El papel preciso que los formadores deben asumir hoy de manera cada vez más intensa y explícita es el de animadores que, a través de sus conocimientos y su experiencia de escucha y síntesis, aseguran la comunicación de los objetivos de la comunidad. Por lo tanto, el objetivo de esta reflexión es principalmente ayudar a los formadores a comprender mejor su papel y adquirir las competencias necesarias, conocer consejos y estrategias para preparar mejor y animar las actividades de sensibilización y movilización comunitaria, familiarizarse con las técnicas participativas y organizativas de la comunidad religiosa, familiarizarse con los métodos de socialización, puesto que la comunidad religiosa debe ser considerada como una sociedad divino-humana.

El sujeto o el formando

En segundo lugar, debe haber un formando o unos formandos. Por «formando» se entiende una persona o un grupo de personas que buscan realizar su vida en la vida religiosa, específica en la Congregación de los Pasionistas. Parece muy simple, pero a medida que avancemos, vamos sosteniendo que la palabra clave es «buscar». Si una persona es conducida contra su voluntad por miembros de su familia que piden al agente pastoral que les ayude, no se trata de un verdadero acompañamiento vocacional, ni una situación pastoral. Tampoco es una situación pastoral cuando un individuo dice: «estoy aquí porque papá, mamá o mi tío... me ha enviado» para tener un religioso o un sacerdote en familia. La llamada de los dos primeros discípulos (Juan y Andrés)

puede inspirarnos para comprender la ayuda que hay que dar al sujeto a formar (cf. Jn 1,29-40). Si los primeros discípulos preguntaron por la morada del Maestro (¿Maestro dónde vives?) es porque tuvieron sed de conocer al Maestro, de vivir con ÉL y de dejarse formar por ÉL. Es la disponibilidad la que determina la situación del formado.

Sin embargo, la situación vocacional puede ser iniciada o provocada por una persona intermediaria o incluso por el agente pastoral, que abre al cristiano al reconocimiento de una llamada de Dios en él. En ese caso, alguien debería ayudarle a expresarse. Sin embargo, si el individuo se encierra en aislamiento y se niega a pedir ayuda, todo se vuelve desesperado. El sacerdote Elí ha desempeñado este papel en la vocación de Samuel y Juan el Bautista en la vocación de los apóstoles Juan y Andrés.

El formando está interesado en el proceso de acompañamiento y colabora en él en relación interactiva con el agente – formador. Toda la formación es una relación transaccional que está circunscrita en el tiempo (formación inicial y formación continua). Se deben programar una serie de contactos con el objetivo de provocar un cambio en la persona apoyada en su estado emocional, actitudes y comportamiento.



La situación vocacional es una transacción, un intercambio entre dos personas o entre el formador y un grupo de los formandos que tienen necesidad de conocer la especificidad de la naturaleza y el propósito de la vida religiosa. Un formador activo y un formando pasivo que no participa no hacen una transacción. El hecho de dar a un formando de manera seca e impersonal un libro que concierne a la Congregación, diciéndole «lee esto y descubrirás tu vocación» tampoco es una transacción formativa. No va a discernir su vocación porque faltan las transacciones emocionales necesarias para la situación pastoral. La pastoral vocacional implica, por tanto, una transacción mutua, recíproca, emocional entre dos personas (formador y formando).

Lo más importante es establecer una relación cálida y funcional. Así, mientras el agente pastoral puede no tener idea de la naturaleza de las peticiones del formando, este se sentirá ya seguro por la acogida y la aceptación que se le da. Puede entender desde el principio que lo que dice será guardado con toda confianza y que puede revelar todas sus dificultades.

El formador, con sensibilidad para acompañar, se hace presente en un sistema de relaciones con el formando que se desarro-

lla. Es un auténtico mediador, ya sea porque es el que aplica los principios teóricos a la resolución de los obstáculos que se presentan, ya sea porque es un observador atento del comportamiento del formando y consciente de sus necesidades. El formador, a través del mecanismo de *feedback*, recibe los diversos mensajes a nivel verbal y no verbal y desde ahí comprende la disponibilidad del formando para crecer.

El fortalecimiento de la relación transaccional depende del **interés del formando**. El interés es el primer criterio indicativo de la motivación del sujeto que desea ser acompañado. Es signo de que lo que se le propone es adecuado para sus exigencias. En este caso el formador puede adaptar el plan de acompañamiento según el interés del formando. En efecto, las motivaciones no son estáticas. Como el ser humano es dinámico, también lo son las motivaciones. El formador tiene, por tanto, el deber de corregir las falsas motivaciones (en mi libro *Ses Pas sur Nos Chemins*, menciono la noción y los métodos de purificación de las motivaciones).



El objetivo de la formación Pasionista

Las Constituciones de los pasionistas comienzan con esta frase capital «San Pablo de la Cruz reunió compañeros que viviesen en común para anunciar el Evangelio de Cristo a los hombres» (Const. 1). Debemos entender esta frase si queremos formar nuevos compañeros de San Pablo de la Cruz. Hay, pues, cuatro articulaciones que forman el esqueleto de esta frase: compañeros, vivir juntos, anunciar el Evangelio de Cristo, a los hombres. Estos son los contenidos de la formación para convertirse en pasionista. Un pasionista está llamado a convertirse «en compañero del Santo Fundador», «a vivir en armonía y solidaridad con los demás», «a ser anunciador con su vida y misión del Evangelio de la salvación que trae Cristo», y «a estar presente en la vida de sus hermanos y hermanas».

Convertirse en compañero del Santo Fundador

El fundador, en su iniciativa de fundar la Congregación de los Pasionistas, estaba humanamente animado por la amistad. Los compañeros son iguales y se aman. La primacía de la amistad se menciona explícitamente en nuestras Constituciones cuando leemos: «Ya moribundo, San Pablo de la Cruz exhortó a sus hijos a recordar, más que cualquier otra cosa, estas palabras del Salvador» (Const. 25). ¿Qué palabras son esas? Se trata del testamento del amor: «En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros» (Jn 13,35).

En efecto, la amistad con el Fundador se convierte en apoyo de vida, amor y perseverancia en la Congregación. La amistad con el Fundador permite participar en su obra. En otras palabras, la amistad con el Fundador permite participar de su carisma.





En mi libro *ABC du Formateur des Religieux*, he mencionado la importancia de tener santos como amigos.

No hay nada más grande en esta vida que la amistad, pero una buena amistad. Jesús dice a sus discípulos: «Ya no os llamo siervos, sino amigos» (Jn 15,15). Muchos dejan la vida religiosa por falta de amistad en el interior de la vida religiosa y hay quienes se ven obligados a permanecer sin amigos, pero es una vida sosa, sin sabor. No hay alegría sin amistad.

Es una pregunta que siempre debemos formularnos: ¿qué es un verdadero amigo? Tomemos tiempo para reflexionar. ¿Quiénes son nuestros verdaderos amigos? Verdadero quiere decir auténtico amigo. ¿Qué nos hace verdaderos o auténticos amigos?

Cuando éramos niños, pensábamos que la amistad significaba estar juntos o cogernos de la mano mientras caminábamos o unirnos para defendernos de un enemigo común. En nuestra adolescencia, pensábamos que un verdadero amigo es aquel que ama todo lo que nosotros amamos y no hace nada que nos moleste. Pero como adultos, hemos aprendido a imaginar las características de una verdadera amistad, alguien que nos anima en el bien y nos desalienta en el mal que quisiéramos hacer. Es alguien que nos desafía a seguir adelante, a llevar a cabo nuestra misión en esta tierra. Los verdaderos amigos aportan energía y vigor a la vida. ¿No es esta la figura del formador?



Anuncio del Evangelio de Cristo, el Cristo crucificado

Había un folleto publicado por nuestra Congregación para la animación vocacional cuyo título era: «Ser misionero y conocer el mundo». Los misioneros del Evangelio son como antropólogos: son personas que se vuelven hacia los demás. Pero los misioneros son más que los antropólogos que están motivados solo por la curiosidad científica. Los misioneros del Evangelio están motivados por el amor a Dios y al prójimo. Los misioneros del Evangelio, si viven la vocación del amor, deberían tener amigos en todo el mundo: en las diferentes ciudades, en las distintas comunidades donde han puesto un pie. El formador no vive solamente como un verdadero amigo en su comunidad, pues

también envía semillas de amistad a todos los lugares donde viven aquellos que ha tenido en formación, porque es la persona que ha inspirado, que ha hecho crecer. Así nos gusta verle.

La Pasión de Jesús nos presenta dos enseñanzas: una la del profeta y otra la del Siervo sufriente, asimilado al Hijo del hombre de Daniel (cf. Daniel 7). El Pasionista debe ser especialista de la Pasión de Jesús en estas dos dimensiones.

El sufrimiento de un profeta

La presencia del mal seguirá siendo siempre una realidad humana hasta que el hombre no sea totalmente transfigurado en Jesucristo. En este mundo del mal, Jesús dio el ejemplo de cómo vencer al mal.

El rechazo del Profeta en la sinagoga de su pueblo. Él mismo se ve afectado, sufre. El evangelista Juan resume esta experiencia cuando escribe: «Vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron» (Jn 1,11). Los suyos han preferido las tinieblas a la luz (cf. Jn 1,5). Incluso en el último día de su vida humana, los suyos prefirieron la liberación de un bandido, «Barrabás», a la bondad de Dios (cf. Jn 18,38-40). Jesús era consciente de este rechazo y habla de ello en la parábola de los viñadores homicidas (Mc 12). El rechazo de Cristo es el rechazo de los enviados de Dios, es la misma suerte de los profetas.

Esta experiencia de rechazo, Jesús la anuncia a sus discípulos. También ellos serán rechazados (Mc 13; Mt 10,28).

Jesús vio venir su muerte violenta. Él conoce un tiempo de predicación más pacífico en Galilea, porque las multitudes lo siguen numerosas. Muy pronto, su predicación suscitó animosidades y críticas. Luego se le ve alejarse hacia el norte, cruzar los límites de Palestina y llegar hasta Tiro y Sidón (Mt 15,21) como si necesitara distanciarse. En los Evangelios, la escena de Cesarea de Filipo (Mt 16,13) está situada también en el extremo norte del país. Las respuestas a la pregunta «¿quién dice la gente que soy yo?» describen bien esta idea. Jesús es un profeta como Elías (que denuncia la falsedad del culto), Jeremías (que denuncia las injusticias sociales) y Juan el Bautista (que denuncia las incoherencias morales). ¡Conocemos la lucha que libraron esos profetas y su destino!

Esta lucha hace que Jesús, en diferentes momentos, anuncie (prediga) su pasión (Mt 16,21; 17,22; 20,17-19). Aunque en estos tex-

tos escritos después del acontecimiento pascual, estos anuncios terminan con la mención de la resurrección, su repetición nos remite a un cierto tipo de palabras realmente expresadas con insistencia por Jesús. También habla de la copa que debe beber (Mt 20,22) y del bautismo con el que debe ser bautizado (Mc 10,38). Invita a no temer a los que matan el cuerpo (Lc 12,4).

Jesús sabe que su destino será el de los profetas del Antiguo Testamento perseguidos porque su palabra era incómoda. No era necesaria una gran ciencia profética para tener la certeza. Todos los elementos del drama están en proceso de ponerse en marcha. Las nubes se acumulan y anuncian la tormenta. Para Jesús es el gran momento de verdad, aquel en que la relación entre su palabra y su conducta va a ser examinada por la contradicción que le afecta en su existencia y en su carne. ¿Qué hará? ¿Cómo se comportará en la adversidad? ¿Qué será de sus proclamaciones del Reino cuando se enfrente a las consecuencias sobre sí mismo? ¿Tendrá miedo y se salvará del peligro? ¿Buscará algún compromiso «para salir adelante»? ¿Se desviará de su misión? ¿O, por el contrario, seguirá su camino con los mismos pasos y en la misma dirección?

Tiene dos caminos: mantener firme la orientación de su camino o ceder más o menos discretamente. Podría renunciar a sus sermones, hacerse olvidar o esconderse, reconocer su fracaso y terminar su existencia en algún rincón perdido. En resumen, podría abandonar su misión para salvar su vida.

Pero no es así. La llegada de los días oscuros no cambia su conducta. Ninguna amenaza hace que se desvíe de su misión. Permanece fiel a sus enseñanzas. La palabra de Blaise Pascal en *Pensées*, «Jesús va a su pasión», o «Jesús se ofrece heroicamente a la voluntad de su Padre», remite a la realidad de los hechos. No hará nada para provocar su detención, pero tampoco hará nada para

escapar de ella. Esta actitud da sentido a su muerte: la existencia por el Padre y por los hermanos, la pro-existencia, que fue la ley de su vida, será también la ley de su muerte. Murió por quien vivió.

El libro de Job, con su exceso de sufrimiento, nos ha enviado al futuro de la cruz de Cristo donde el exceso de amor se nos muestra y se nos da. La cruz es un sufrimiento aceptado por los demás, por una causa justa, pero también compromiso con Dios para que cesen las causas de sufrimiento. Es aquí donde hay que llegar de inmediato, para entender que el hombre tiene la obligación de luchar contra el mal para mantener su armonía intrapersonal e interpersonal (con Dios y con su prójimo). Se trata de una toma de conciencia de responsabilidad y de una solidaridad voluntariamente asumida y de un compromiso con Dios que no ha creado el mal.

Las características de la espiritualidad pasionista solo se justifican en este contexto de comulgar con el sufrimiento del profeta incomprendido pero que trabaja por el bien de todos. Para qué servirían la penitencia, la pobreza, la soledad y la oración si no para reconciliarse con Dios y con el prójimo. La vida del profeta siempre tiene valor porque interpela a un mundo individualista e indiferente al sufrimiento de los demás.

El siervo sufriente de Isaías

La segunda dimensión de la Pasión está ligada a la redención. Jesús es más que un profeta. La Pasión es un camino propio de Jesús para salvar al género humano. Pablo, siguiendo a la comunidad primitiva, reconoció que solo Jesucristo nuestro Señor puede llegar al mal en su raíz (Rom 7,25) triunfando de él en el corazón mismo del hombre. La relectura cristológica subraya que la lucha contra el mal ha encontrado su culminación definitiva en Cristo y en su pascua, donde el mal ya no puede justificarse y está para siempre bajo control y privado de su



pretensión de dominar al hombre. Él es el nuevo Adán (Rom 5, 12-21) sobre el que Satanás no tiene ningún poder. En efecto, durante el triunfo pascual los cristianos no se han dirigido a una descripción grandiosa del Mesías-Rey o del glorioso Hijo del hombre. No necesitaban un superhombre, sino del hombre que lleva y se lleva el pecado del mundo.

En efecto, escribe Neusch, el sufrimiento para Cristo es «un sacrificio expiatorio con valor de redención».¹ La cruz de Jesús es la conclusión de manera de salvar al hombre de lo que le aterroriza (el pecado y la muerte). «El problema del mal que os aplasta, me aplasta a mí también. No es solo vuestro problema, es también el mío. He querido asumirlo hasta el final. El mal, el sufrimiento, la muerte, sí lo sé, yo conozco, los he vivido y he vencido». ¿Cómo los venció? Por el compromiso del siervo sufriente.

«Despreciado y evitado de los hombres» (Is 53,3), el Siervo es finalmente rechazado por todos; horrorizados por su causa, sus contemporáneos lo consideran un fracaso (52,14); pero, por su profeta, Dios les hace reconocer y confesar el valor expiatorio y saludable de este sacrificio: «Pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron » (53,5).

El Adán pecador había sido afligido con penas y sufrimientos, el Siervo lleva nuestros sufrimientos y dolores (Is 53,3) Más aún, el que debía dominar sobre los animales se les ha vuelto semejante, «ya no tiene aspecto humano» (Sal 22,7). En su siervo, Dios se complace, «he puesto mi espíritu sobre él, manifestará la justicia a las naciones» (Is 42,1s). Mientras parece agotar sus fuerzas y fatigarse en vano, sabe que Dios le glorifica sin cesar (49,49); es obediente, como el discípulo a quien Dios abre cada mañana el oído; no se resiste, ni siquiera bajo los ultrajes, porque su confianza en Dios no se ha visto sacudida (50,4-7). Y cuando llega la hora del sacrificio, «como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca» (53,7). Acogiendo perfectamente la voluntad del Señor, que hace caer sobre él los crímenes de los hombres, se entrega a sí mismo a la muerte (53,12). Este es el siervo fiel, último resto de la humanidad, que con su obediencia renueva el vínculo roto por Adán y, aceptando la muerte, manifiesta el carácter absoluto de ese vínculo.

En el hombre de dolor, el profeta vislumbra al intercesor que reza por los pecadores y a la víctima que justifica a la multitud (53,11). La vida, en verdad, no es el resultado de una codicia, sino el fruto siempre nuevo de un don gratuito.²

La profecía del Siervo es subyacente a la enseñanza de Jesús sobre la serpiente de bronce, levantada por Moisés en el desierto

y muchos himnos cristianos primitivos. Porque «Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna» (Juan 3,14s) El Señor es nuestro Dios. Jesús se refiere aquí a un episodio que data de la época en que el pueblo caminaba por el desierto, episodio narrado en el libro de los Números (21,4-9).

Lo que se ve elevado no es exactamente una serpiente. Parece una serpiente, pero no es una serpiente. De la misma manera, el Señor Jesús se parece a un hombre ordinario, imbuido de esta inclinación universal al pecado. Pero por el contrario, no hay ningún pecado en su naturaleza. Visto desde fuera, tiene todas las apariencias de un pecador, como tú y yo. Pero la naturaleza de su persona es tal que no se detecta ningún pecado. Por eso, en Romanos 8,3, Pablo nos dice que Dios envió a su Hijo *Jesús en semejanza de carne de pecado y en orden al pecado, condenó el pecado en la carne*, es decir, con los límites de nuestra naturaleza humana, Pero su eterna divinidad lo pone en una posición de salvador.

Esta historia, que se desarrolló hace muchos siglos en el desierto, anunciaba de hecho una profecía: predecía la manera en que Jesús iba a morir. De hecho, a Moisés no solo se le dice que haga una serpiente de bronce, sino también que la levante en alto. Y durante el período del Nuevo Testamento, el verbo «elevar» es una palabra que alude directamente a la ejecución de un individuo por crucifixión. Cuando se dice que alguien será levantado de la tierra, simplemente se quiere decir que será crucificado. Para crucificar a una persona, primero hay que clavarla en una tabla de madera que se habrá extendido al suelo. Una vez que la persona está bien sujeta a la cruz, se levanta esta cruz y se deja caer en el agujero que mantendrá la cruz en posición vertical. Por esta razón, el acto de la crucifixión es descrito por la palabra elevar. Ahora podemos entender a Juan 3,14 cuando Jesús dice:

² Cf. Jean Paul II, *Salvifici doloris*, 14-18.

Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre... Jesús, al usar la palabra 'elevar', quería indicar con esto de qué muerte debía morir, es decir, crucificado en la cruz. Es lo que Juan 12,33 nos dice explícitamente.

Salvado por el poder de Dios – Cuando leemos la historia de las serpientes en el libro de los Números, una de las primeras preguntas que nos viene a la mente es esta. ¿Cómo puede salvar a una persona la observación de algo? ¿Cómo puede una serpiente hecha de bronce, material inerte, salvar a una persona que se está muriendo por una mordedura envenenada? La respuesta es muy simple. No es la serpiente de bronce la que salva. Es Dios quien salva. Esta pieza de bronce no tiene en sí misma ninguna propiedad curativa. Uno tendría que ser supersticioso para creer en esto. Somos salvos por el poder de Dios. De la misma manera, cuando miramos a Jesús colgado en la cruz, no es su cuerpo el que nos sana de nuestros pecados. Jesús dice: *...la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida* (Juan 6, 63). Somos salvos por la fe en la palabra de Dios. Cuando decidimos confiar en Dios sometiendo nuestras vidas en un acto de obediencia a las instrucciones de su Palabra el poder de Dios puede obrar en nosotros para salvarnos de las garras del pecado en nosotros. Las palabras de Jesús son más seguras cuando, dirigiéndose al padre del niño epiléptico, dicen: «todo es posible para el que cree» (Mc 9,23). Es decir, la cruz de Cristo conserva toda su potencia «*ex opere operato*».

Por otra parte, los himnos cristológicos resumen la existencia de Jesús en un díptico que representa la miseria y la grandeza del hombre: humillación y exaltación (Flp 2,6-11). El que se había alimentado toda su vida de la voluntad del Padre, lejos de aferrarse celosamente a la posición que le correspondía como Dios, tomó la condición de esclavo;

haciéndose semejante a los hombres, se humilló aún más, obedeciendo hasta la muerte y la muerte en cruz. Perfectamente obediente, Jesús se comportó como un verdadero Adán, entrando en la soledad perfecta para convertirse en el padre de la nueva raza, fuente de vida para siempre. Es él, vestido de rey ridículo, el que Pilato muestra en el estrado: «he aquí al hombre» (Jn 19, 5): este es el camino de la gloria. A través de esta imagen desfigurada por su pecado, el hombre debe reconocer al Hijo de Dios que «lo hizo pecado en favor nuestro, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en él» (2Cor 5,21). Por la muerte del Siervo, Adán puede confesarse vencido por el pecado, y en el momento en que renuncia a su justicia opera la salvación; la acción de Dios solo se hace eficaz a través de la pasión última del Hombre abandonado por los hombres.

Todos los evangelistas harán que la narración de la Pasión vaya seguida de la de la Resurrección, confirmación suprema de la misión de Jesús. Al final, el resucitado sigue siendo llamado «el crucificado» (Mt 28,5; Mc 16,6). Sin embargo, gracias a la resurrección y al envío del Espíritu Santo tenemos acceso a una fase importante de la acción del Hijo de Dios: su contribución en la creación del mundo como el Verbo. El Verbo ha estado activo desde el principio de la creación (cf. Jn 1,2-5), como principio de vida y de luz, estableciendo una relación personal entre Dios y los seres humanos: « viniendo al mundo », como la sabiduría de Dios en Sirácide 24, es fuente de luz para todos los hombres y a quienes lo acogieron les dio el « poder de ser hijos de Dios » (Jn 1,9. 12).³

La experiencia del mal es reveladora de la universalidad de la salvación que Cristo lleva consigo. Por su encarnación y resurrección el mal es vencido. Estas dos dimensiones deben mantenerse juntas de manera armoniosa, ya que ambas pertenecen a la única economía, compleja y orgánica, de la salvación que Dios tiene en mente para la

 ³ Cf. Léon Dufour X, *Lecture de l'Évangile selon Saint Jean*, T 1, Paris, Seuil, 1988, p. 62-144.



humanidad. El acontecimiento histórico de Jesucristo es necesariamente limitado en tiempo y espacio; sin embargo, adquiere una dimensión universal de salvación, dado que en su estado de resucitado, la humanidad de Jesús se ha convertido en trans-histórica y por esta razón, está presente y en acción en todas partes.

El formador y el formado se encuentran a los pies de la cruz, donde contemplan a Cristo como el apóstol Juan y la Virgen Madre del dolor. El Formador Pasionista debe ser ante todo un iniciador del misterio de la Pasión de Jesús. Se trata de pedagogía mistagógica. Sin la mistagogía en la Pasión de Jesús, existe el peligro de caer en la superficialidad.



El medio

La formación tiene en cuenta el medio, es decir, la situación geográfica, cultural y económica. Hay que saber organizar la comunidad de formación.

En efecto, se pueden tener varias etapas de formación: aspirantado, postulante, noviciado, estudiantado (que tienen como objetivo la preparación de los jóvenes religiosos a las profesiones sucesivas hasta la profesión perpetua o la preparación al sacerdocio). No vamos a presentar aquí la organización de cada etapa. En su lugar, nos contentaremos con lo esencial de la organización de cualquier casa de formación. Se trata de hacerse cargo de la administración de la casa de formación.

La práctica sobre el sistema formativo prevé que todas las actividades de las casas de formación se pongan bajo el control de las autoridades locales competentes (pro-

vinciales o regionales) que nombran a la dirección (el formador). Corresponde a la dirección, y por tanto a las autoridades locales competentes, garantizar las condiciones de funcionamiento de las casas de formación, las reparaciones e inversiones esenciales, la asistencia económica y administrativa, el material educativo y el equipamiento material indispensable para la realización del programa de formación y la ejecución de otras tareas obligatorias de las casas de formación. Una vez nombrada la dirección, las autoridades locales no intervienen directamente en el contenido y la ejecución del programa de formación, aunque son responsables de la gestión y desarrollo de sus casas de formación.

Una primera operación se refiere a la preparación del medio formativo con sus componentes funcionales y sus equipos apropiados (capilla, cocina, sala de conferencias, habitaciones personales para la intimidad, sala de juegos y recreación, biblioteca, instalación higiénica, campo deportivo, fotocopiadora, TV, ...). Es la matriz de la formación. Se parte de la proyección directa a la ejecución concreta para permitir que los formados evolucionen en un marco ideal. Si no se dispone de ese marco, el proceso no será sólido. Señalemos en este sentido que alojar a los jóvenes en el dormitorio, sea cual sea la etapa de formación que se esté realizando, viola la intimidad de la persona y expone a todos a abusos y enfermedades. Observemos que estos jóvenes tuvieron en su mayoría que administrar u organizar sus pequeñas casas antes de entrar en la religión; alojándolos en dormitorios, se los conduce a una regresión que mantiene a muchos de ellos en cautividad.

Después de haber mencionado este receptáculo formativo, será necesario organizar el plan de formación. Esto da como resultado conocer la naturaleza de la etapa formativa y sus objetivos. El programa de formación y sus diversas actividades se articularán en torno a esta doble dimensión.

Por ejemplo, la naturaleza y los objetivos de la etapa del noviciado serán diferentes a los de la siguiente etapa (post-noviciado).

Concluamos esta sección haciendo especial hincapié en la organización económica. En cada casa de formación hay un formador que se ocupa del sector económico para asegurar el abastecimiento de la comunidad. Este formador – financiero comúnmente llamado «ecónomo» trabaja bajo la dirección del formador – director. Él es el principal responsable de la economía, da orientaciones y supervisa la ejecución del presupuesto. Este aspecto de la administración es a menudo descuidado por los formadores, pero es la base de sus fracasos. En este caso, el formador director es el primer gerente, su preparación en esta materia puede evitar que el Instituto y la Iglesia reduzcan los abusos de maltrato de los cuales son víctimas a menudo los jóvenes en formación. La casa de formación debe saber realmente: gestionar las personas y sus necesidades, gestionar tareas relacionadas con la pedagogía, gestionar obligaciones administrativas y, finalmente, gestionar las finanzas.

Como se puede observar, la gestión del grupo no es solo material o económica, sino que también se trata de saber mantener a las personas en la unidad. En este sentido, el saber hacer de un formador es saber gestionar y facilitar los intercambios. Las personas de diversas culturas y orígenes necesitan un facilitador para comunicarse y vivir juntos. El formador debe saber cómo asumir esta tarea. Para ello, debe hacer todo lo posible por comprender las situaciones existenciales de los miembros de su comunidad. No vamos a enumerar las competencias sociales del formador, pero siempre debe validar este conocimiento por la experiencia. Entender que las personas más afectadas por un problema tienen ideas sobre cómo resolver ese problema. Analizar y conceptualizar problemas. En resumen, debe conocer bien a su «público»: la organi-

zación social, las relaciones entre los individuos y los grupos, las costumbres y los hábitos, los modos de comunicación, de difusión y circulación de la información.

Conclusión

Podemos hacer referencia a las enseñanzas del Papa Juan Pablo II, en Pastores *dabo vobis*, para la formación de los sacerdotes, que se aplican naturalmente a la formación de los religiosos. que distingue dos planos de la casa de formación. En efecto, a nivel humano, la casa de formación debe tender a convertirse «una comunidad cuyos miembros están unidos por una amistad y una caridad profundas, para constituir en la alegría una verdadera familia». En el plano cristiano, la casa de formación debe constituirse como «comunidad eclesial», como comunidad de los discípulos del Señor, en la que una misma liturgia impregna toda la vida de espíritu de oración; se reúne mediante la escucha y meditación diaria de la Palabra de Dios y el sacramento de la Eucaristía; está unida en el ejercicio de la caridad fraterna y del espíritu de justicia; en esta comunidad resplandecen el Espíritu de Cristo y el amor de la Iglesia, gracias al progreso de la vida comunitaria y de la vida espiritual de cada uno de sus miembros. Gracias a la experiencia del formador, la casa de formación puede convertirse en una verdadera «comunidad eclesial» radiante.

La vida pasionista se distingue de las demás congregaciones por su estructura comunitaria y fraterna. Por lo tanto, los elementos pedagógicos tienen como objetivo formar personas amantes de Dios, unidas en la Pasión de Jesús, que vivan en comunidad con espíritu evangélico. ✝



Originario de Kungu Nyingu, República Democrática del Congo.

Religioso profeso desde 10/10/1986.

Ordenado sacerdote el 5/01/1993.

Doctorado en Teología y Maestría en Filosofía en la Universidad Gregoriana de Roma, Italia.

Actualmente es formador en la etapa de Teología en Kinhsasa, Congo.

P. Elie Muakasa, C.P.

passio

**"Aquí estoy,
envíame"**



**La Pasión
de Cristo:**

**nuestra fuente
de vida
y misión**

48° CAPÍTULO GENERAL